

Formada en acción.

VIDA

DE

UNA SANTITA

DE NUEVE AÑOS

ESCRITA POR MONSEÑOR SEGUR

Y TRADUCIDA

del francés por María E. Betancourt,
Hija de María.



MÉJICO: 1878.

Tip. Religiosa de M. Torner y Compañía,
1.º de San Lorenzo núm. 6.

UNA SANTITA

DE NUEVE AÑOS

ESCRITA POR MONSIEUR SEGUIE

Y TRADUCIDA

del francés por Maxim F. Belandier

Hija de María



MÉJICO 1871

Tip. Religiosa de M. Torner y Compañía,
1.º de San Lorenzo num. 6.

La noticia biográfica que publicamos aquí y que dedicamos á los niños, y por consiguiente á las madres cristianas, está tomada del excelente *Mensajero del Sagrado Corazon*, boletín mensual de la grande obra del *Apostolado de la Oracion*. Redactada primero por la superiora del monasterio de la Visitacion de Pignerol, ha sido traducida del italiano y publicada hace algun tiempo en el *Mensajero*. Pareciéndome tan tierna, tan bella y capaz de edificar á los niños, he creído deber pedir la autorizacion necesaria para reproducirla aparte, haciéndole algunas ligeras modificaciones.

UNA

SANTITA DE NUEVE AÑOS.

La noticia biográfica que publicamos aquí y que dedicamos á los niños, y por consiguiente á las madres cristianas, está tomada del excelente *Mensajero del Sagrado Corazon*, boletín mensual de la grande obra del *Apostolado de la Oracion*. Redactada primero por la superiora del monasterio de la Visitacion de Pignerol, ha sido traducida del italiano y publicada hace algun tiempo en el *Mensajero*. Pareciéndome tan tierna, tan bella y capaz de edificar á los niños, he creído deber pedir la autorizacion necesaria para reproducirla aparte, haciéndole algunas ligeras modificaciones.

La heroína de esta modesta historia, es

una niña negra, muerta en olor de santidad en 1855, en el monasterio de la Visitacion en el Piamonte: era apenas de nueve años, se llamaba Anna, y habia sido bautizada en la Visitacion bajo el nombre de Josefina. Arrancada á la cautividad, y por consiguiente á la infidelidad y á la deshonra por un santo misionero, el padre Olivieri, la pobre niña, apenas de edad de siete años, y ya víctima de los tratamientos mas bárbaros, habia sido llevada á Italia por su salvador, y confiada en compañía de otra negrita á la caridad de las Hermanas de la Visitacion de Pignerol. Allí es donde vivió cerca de dos años; allí donde fué bautizada y santificada maravillosamente, y allí, lo repetimos, ha muerto en verdadero olor de santidad.

Comenzaremos esta relacion refiriendo lo que ella contó un dia respecto de sus primeros años á la hermana enfermera que la cuidaba. El estilo oriental y la sencillez del lenguaje dan á todo esto un encanto indefinible.

I.
 INFANCIA, CAUTIVIDAD Y RESCATE
 DE LA NIÑA NEGRA.

Un dia que la hermana enfermera vió á su querida enfermita muy pensativa, le dijo para distraerla:

—Niña, cuéntame lo que te pasó antes de venir aquí.

La niña africana, exhalando un profundo suspiro, dijo:

—Tendria muchas cosas que contarte; pero me causan tanta tristeza, que no puedo pensar en ello, y cuando me viene á la imaginacion pienso inmediatamente en Jesus y ya me quedo tranquila; mas en la noche cuando despierto con esos pensamientos, me pongo á llorar.

Josefina guardó silencio.

Entonces la hermana le hizo instancia y

la niña, despues de una corta reflexion, le dijo:

—Te contaré alguna cosa si me prometes no decirlo á nadie.

Josefina, asegurada del secreto, hizo la relacion siguiente:

—Mi mamá era bella, pero negra; tenia muchas mujeres que le servian; mi papá andaba bien vestido, no como los turcos, sino como los árabes en las grandes fiestas: como yo era su única hija, me dejaban jugar en el patio, y una mujer venia á cerrar la puerta por temor de que entrase un *gélaba* (ladron raptor). Un dia que allí jugaba con piedrecillas, sentí pasos detras de mí, me volví y ví un *gélaba* que traia á cuestas un saco manchado de sangre y un gran cuchillo en la mano: quise huir inmediatamente y grité; pero este hombre, tomándome por la mano, me dijo:

—Si gritas te corto la cabeza y la meto en este saco.

Yo de miedo de ir al saco, cesé de gritar; pero mi corazon latia tan fuertemente, que casi no podia ni respirar: entonces me cogió en brazos y echó á correr.

Cuando estuvimos lejos de nuestra casa me puso en el suelo, me tomó de la mano y me hizo correr tanto que ya no podia se-

guirlo, ni podia dar pasos largos, porque yo tenia las piernas chiquitas, y los piés tan llenos de espinas, que me iba escurriendo la sangre. Entonces ese feo *gélaba*, viendo que yo verdaderamente no podia andar, me tomó en brazos y me llevó á su casa: su mujer, viéndome tan pequeña, me puso sobre sus rodillas, y despues con una espina grande me sacó todas las otras, en seguida me dió un pedazo de pan que comí, pero me acordaba de mi papá y de mi mamá.

Despues de haber estado algunos dias en aquella casa, me amarró el hombre con otras niñas negras que él habia robado, y nos colocó á todas sobre un camello: así anduvimos largo tiempo sin detenernos ni de dia ni de noche; una vez que se rompió la cuerda con que estábamos atadas, caimos todas al suelo, y el hombre que conducia el camello nos dió muchos puntapiés y puñetazos, hasta que nos levantamos y nos subimos al camello. Nosotros llorábamos; pero ese *gélaba* era tan malo que nunca nos daba de comer, venia con él otro hombre que algunas veces nos daba pan. Lo que más me hacia padecer era el sol en la cabeza, porque en mi casa siempre me ponian algo para defenderme de los rayos del sol.

Despues de eso el *gélaba* me vendió á otro mas malo que él; porque este siempre me daba de puntapiés y nunca de comer: me enviaba á cuidar los *bebés* (carneros), mientras que ellos comian yo oia gritar grandes fieras; eran sin duda leones, hienas y otros animales feroces que abundan en esas comarcas.

Temblaba yo de miedo, y pensaba: ahora vienen estas fieras á comerme. Yo estaba tan débil por el hambre y temblaba tanto, tanto, tanto, de miedo de encontrar con esas bestias que veia de lejos, á una con una cola muy larga, á otra con brazos y manos como de hombre, y como tenia las piernas pequeñas no podia correr en pos de los *bebés* y se han ido á comer el pasto de otro dueño. Mi amo viendo que no volvía á la casa con los *bebés*, vino á buscarme y me dió muchos varazos, porque no pude cuidarlos bien, y juzgándome inútil para guardar los *bebés*, me vendió á un turco.

Josefina hizo una pausa, exhaló un profundo suspiro, y prosiguió:

—¡Oh, si aquellas fieras me hubieran comido, me habria ido al infierno! y ahora, es verdad que estoy siempre enferma; pero estoy bien servida, nada me falta, y cuando me muera iré al cielo.

Despues de estas palabras continuó su relacion.

El turco me llevó á su casa; todo era allí muy bonito, y estaba bien arreglado todo: las paredes estaban cubiertas de una preciosa tela, y el lecho era de ore: habia allí otra niña negra mas grande que yo, estábamos siempre juntas, recostadas en el suelo en un rincon de la recámara; y todos los dias se preparaba en el mismo cuarto una mesa para que el turco comiese con sus hermanas, y les llevaban muchas cosas que comer.

Cuando comian nos hacian ir á las dos junto á la mesa; despues venia otro turco con cuerdas en la mano que tenian puntas de fierro para picar, y se nos hacia cantar: *din, din, din, cabira, alfa, sel Sultan cabira, alfa, etc.*, acompañando con golpecillos que dábamos con la mano en una cosa como tambor; luego que errábamos en algo, nos daba aquel turco tantos golpes que caíamos al suelo como muertas; despues á puntapiés nos hacia poner de nuevo en nuestro rincon, y los que estaban en la mesa se reian á mas no poder. Por eso cuando veiamos preparar la mesa aquella, comenzábamos á llorar; despues que ellos habian comido, nos tiraban á nuestro rincon un poco de pan

muy duro para nuestra comida; pero una hermana del tal turco me daba á escondidas cosas buenas para que comiera, porque me queria y tenia lástima de mí, que era tan chiquita.

Después de haber pasado así algun tiempo, el turco, que dormia en cama de oro mientras que yo dormia en el suelo en la caballeriza, me dijo:

—Quiero venderte, porque no sé qué hacer de tí, eres muy pequeña.

—Poco despues vino *Abuya* (el padre Olivieri) (1), y él me compró. Mi compañera, al verme partir, comenzó á llorar; pero yo no sé si el turco no quiso venderla, ó bien que *Abuya* no hubiera podido com-

(1) Mr. Nicolás Olivieri, presbítero de la diócesis de Génova, se habia consagrado enteramente á la regeneracion de los negros; ha pasado toda su vida en continuos viajes; en África compraba los niños negros expuestos en los mercados, los llevaba á Italia y ha gastado su dinero en hacerlos educar cristianamente en casas particulares ó en las comunidades religiosas. Este venerable sacerdote, conocido bajo el nombre de *padre de los negros*, ha dormido en la paz del Señor en Marsella, y sus restos mortales han sido trasportados á Génova.

prarla por no tener ya dinero: lo que sé es que *Abuya* luego que me compró me tomó en brazos, me hizo muchas caricias y me llevó al barco donde estaba Nina (1) con otras niñas negras.

Estaba yo tan contenta en compañía de *Abuya*, que cuando no lo veia comenzaba á llorar, porque cuando estaba con él sentia gran consuelo en mi corazon. Tenia tanto miedo al mar, que en fuerza de tantos sustos y tambien á causa de los muchos varazos que habia recibido, y porque habia estado tanto tiempo sin comer caí enferma, tuve una quijada y un ojo tan hinchados, que *Abuya* se affigia temiendo que muriera.

Luego que salimos del barco me tomó en brazos y me llevó á una casa de religiosas que estaban vestidas de blanco y negro, y les dijo que tuvieran cuidado de mí, que me curaran, y que dentro de pocos dias volveria á llevarme. Estas religiosas me pusieron en la cama, me dieron unos lavatorios en la mejilla y en el ojo, y en pocos dia ya estaba curada.

A poco vino *Abuya* por mí, me hizo mu-

(1) La criada del padre Olivieri que le seguia en sus viajes para ayudarle en la santa empresa del rescate de las niñas negras

chas caricias y me condujo al barco con Nina, donde encontré otras niñas negras, entre las cuales estaba María, la que está aquí conmigo: apenas nos vimos, nos hicimos muchas caricias como si hubiéramos sido hermanas.

Después, cuando estábamos en Turin, preguntó *Abuya* á Nina quiénes de nosotras se llevaban mejor entre sí, y Nina dijo:

—Tomad á *Amna* y á *Lemona*.

Entonces nos llamó á las dos sin que las otras nos vieran, y nos dijo:

—Ahora voy á llevar á vdes. á casa de las hermanas que quieren mucho á las niñas negras, les hacen muchas caricias y les dan cosas buenas; ellas enseñarán á vdes. á conocer y amar á Jesús; así estarán siempre bien, pero procurad ser buenas y amarse una á otra, porque Dios destina á vdes. á vivir juntas hasta la muerte.

Después nos dió su bendición, nos abrazó á las dos, y nosotros abrazamos también á Nina, y subimos á un coche para venir á este lugar.

Tal es la relación de *Josefina* en su tierra y conmovedora sencillez.

AMNA ES LLEVADA A LA VISITACION.—SU CARACTER Y SUS PRIMEROS PADECIMIENTOS.

Una tarde, el 11 de Setiembre de 1853, fiesta del Santísimo Nombre de María, conversábamos juntas después de la cena, dice la Madre Superiora, cuando repentinamente tocan la campanilla de la casa de una manera desacostumbrada.

—¡Bendito sea Dios! es el padre Olivieri; ¡hace tanto tiempo que lo estamos esperando! Pero hélo aquí con dos niñas negras. Esta vez no nos engañamos.

Estas reflexiones fueron tan espontáneas como unánimes.

—Corro á la puerta; y en efecto, nuestros votos habían sido escuchados. Apresurándome á abrir la puerta del claustro siento latir mi corazón de madre, recibo con transporte á las dos niñas y las conduzco á recreación: imagínense vdes. las caricias, los besos y las expansiones de una santa alegría de parte de nuestras hermanas; todas se apresuran á servir y aliviar á las que desde ese momento se hacen sus hijas adoptivas; y las pobres criaturas bien

lo necesitaban. Desde los piés hasta la cabeza estaban mojadas, transidas de frio; causaba lástima verlas, pues hacia un viento fuerte y la lluvia caía en abundancia.

Amna es el nombre de la de que quiero hablar aquí: era de edad de siete años.

Tenia un carácter algo caprichoso y arrogante: sin embargo, como tenia mucha inteligencia, sabia hablar con oportunidad y de una manera muy insinuante; tenia un arte maravilloso para atraer á los otros á hacer su voluntad, y vencer esa voluntad propia es el sacrificio que siempre le ha sido mas costoso. No obstante, ayudada de la gracia alcanzó grandes victorias.

Las aspiraciones de su alma eran generosas, y su porte noble y grave, su amor al aseo y á la limpieza revelaban la nobleza de su origen.

Aunque al principio no supiese Amna expresarse en italiano, no por eso dejaba de hacerse entender, ya por señas ya mostrando diferentes objetos; áun le servia de intérprete á su compañera Lemona, sobre quien, no obstante lo inferior de la edad, ejercia siempre mucho ascendiente.

Jamas gozó la pobre niña de buena salud; constantemente enferma, no podia aplicarse al estudio, para el cual tenia felices

disposiciones; sin embargo, estudió el catecismo con cuidado y con amor: obedeciendo á un secreto impulso del Espíritu Santo, no podia cansarse de oír la explicacion de los misterios y de las grandes máximas de la fe.

— Explica, explica todavía, decia á su maestra, quiero aprender muy pronto para recibir el santo bautismo.

Otras veces decia, despidiendo profundos suspiros:

— ¡Felices vdes., hermanas mias, que tienen á Jesus en su corazon! ¡Ay! yo no le tengo: vdes. son hijas de Dios, ¡ay de mí! yo no lo soy.

Esto lo decia con un sentimiento tan profundo, que dejando escapar sus lágrimas, se las arrancaba á los circunstantes.

Nuestra niña africana estaba sujeta á muchas enfermedades: algunas veces era acometida de unos accesos tan violentos de tos que parecian sofocarla. Una noche sobre todo, fué atacada de una crisis que la redujo al último extremo; atroces convulsiones contrajeron de tal manera su cuerpo, que parecia una pelota: viéndola en tan lastimoso estado y temiendo que se muriese, queria yo bautizarla; pero imagínense las angustias de mi corazon en circunstan-

cia tan dolorosa. Yo estaba sola, acababa de mandar á mi compañera á ver á la tornera para que enviase á llamar á monseñor y al médico; pero era noche y no podían venir pronto.

Entre tanto yo sostenía á la niña en mis brazos para procurarle una respiracion mas fácil; pero la veía expirar por momentos: queria bautizarla, mas por desgracia ni una gota de agua habia á mi alcance, ¿qué hacer? ¿dejar la moribunda para ir á traer agua? la idea de encontrarla muerta me llenaba de espanto. ¿Dejarla morir sin bautismo? ¡Oh Dios, cómo me desgarraba el corazon!

En medio de tan crueles angustias, me dirigí hácia una imágen de la santísima Virgen que estaba colgada á la cabecera del lecho, y con el acento del mas vivo dolor, y con esa fe ardiente que se experimenta en el momento del peligro: Santísima Virgen, exclamé, acuérdate de que tú eres la Madre de esta pobre criatura; tú debes salvarla, yo te la entrego y la confío á tus cuidados maternales.

Apenas habia proferido yo estas palabras cuando la enferma se extendió suavemente en su lecho, cruzó sus manecitas en actitud de una persona que va á tomar el

sueño y se durmió apaciblemente. Ya el peligro habia desaparecido y la presencia del sacerdote y del médico fueron inútiles. Se comprenderá mi gozo por lo que habia padecido, me arrodillé dirigiendo á Dios y á mi poderosa libertadora las acciones de gracias que les eran debidas.

La niña se restableció un poco; pero con frecuencia era necesario que guardara la cama, por otras indisposiciones bastante graves, las cuales sufría con mucha paciencia y valor, y no se quejaba jamas.

Querida niña, le decia yo algunas veces, ¿cómo harás para estar de pié el dia del bautismo?

—Descuide vd., mamá (así era como me llamaba), ese dia Jesus me ayudará y me dará fuerzas, créalo vd., mamá.

Su confianza, como lo veremos, no fué vana.

Amna era, ya lo he dicho, de un natural ardiente, enérgico y algo caprichoso. Los rasgos siguientes darán de esto una idea.

La primera mañana que estuvo entre nosotras quise ponerle un delantal; la niña, viendo que no correspondia á sus ideas de grandeza, lo rehusó con un ademan algo desdenoso, acompañado de la palabra *mafts*, es decir: *no, no*. Yo le hice comprender que

me vería obligada á castigarla: hasta entonces se resignó á aceptarlo la altiva africana. La misma cosa aconteció respecto de un vestido que no era de su gusto: para escapar de la hermana que quería ponérselo vino á refugiarse bajo de mi mesa; allí, conservando un aspecto serio y continuando su obra, manifestaba querer decir á todos: "Nadie se atreverá á acercarse aquí." Sin embargo, con algo de firmeza y mucha dulzura la hice sujetarse; importaba que se acostumbrase desde temprano á obedecer y vencer aquella voluntad propia que amenazaba hacerse contumaz. Una noche se obstinó en no acostarse; escondida en un rincón de su gabinete ni se movía: fué necesario que una de nosotras la tomase en brazos y la pusiese en la cama.

Al acercarse la noche temblaba Anna de miedo de los *gélabas*, esos monstruos en forma humana que arrebatan á las niñas negras; por eso no quería quedarse sin luz ni un instante. Una noche la despertó repentinamente el ruido de una matraca, y fué su terror tan grande que huyó por los corredores en camisa, corriendo y gritando sin saber á dónde iba, hasta que una hermana la encontró, la tomó en brazos y la llevó á su lecho. Le palpaba el corazón

tanto, que para calmarla fué necesario estar con ella mucho tiempo á su cabecera; y repetía *cra, cra, cra*: de donde concluimos que el ruido de la matraca era lo que le había causado tanto terror. Fué necesario quitar algunos cuadros de su cuarto, pues creía ver en ellos personas que la querían arrebatarse de noche. Estas desgraciadas niñas de Africa habían sufrido tan malos tratamientos, habían sido vendidas y revendidas de una manera tan bárbara, que toda su vida debían naturalmente resentirse de los trastornos que habían atormentado su infancia. Si se les quería llevar al locutorio se imaginaban inmediatamente que se las iba á poner en venta, y procuraban huir con todas sus fuerzas.

La primera vez que monseñor el obispo vino á verlas, Anna, después de haberle observado algun tiempo, dijo:

—Basta, basta.

Y comenzaba á cerrar la reja si yo no la hubiese detenido. Entonces, como viese colgada en la pared una hermosa imagen, teniendo las manos juntas en ademán de súplica, ella tomó devotamente la misma postura, tan bien, que parecía un verdadero angelito.

La primera vez que la piadosa niña tu-

vo en sus manos un crucifijo, fueron tales sus extremos, sus lágrimas y los abrazos que le dió, que sería imposible describirlos: parecía que estaba fuera de sí. Lo poco que había podido comprender de los padecimientos de Jesús por nosotros, había llenado su corazón de los más vivos sentimientos de reconocimiento y de amor. Semejantes acciones demostraban una alma admirablemente dispuesta á recibir y á secundar las impresiones de la gracia.

A las cualidades del corazón de la niña Anna se unia una extraordinaria inteligencia, por lo que era muy fácil instruirla. Aprendió muy pronto á hablar el italiano, y más pronto todavía á leer y á escribir. Aunque le causasen molestia ó disgusto sus enfermedades se hacia violencia para estudiar y aprender; porque el deseo del santo bautismo la ocupaba fuertemente. Jamás veía á monseñor que no le rogase le administrara este sacramento; en su sencillez, quitándose la cofia presentaba su cabeza al prelado, diciéndole:

—Lava, querido obispo, lava; haz mi alma bella.

Después, tomando la mano de monseñor, la colocaba sobre su cabeza y exclamaba:

—Querido obispo, vierte aquí el agua,

tengo el alma negra y sucia; apresurate á abrirme el cielo, hazme hija de Dios.

Conservando las antiguas costumbres de Oriente á todos trataba de *ella*.

Era grande el amor que tenía á la limpieza y á la modestia, siempre andaba muy arreglada, muy limpia; no toleraba ninguna mancha, ningún desorden, ni en su persona ni en su postura: mucho le gustaban las caricias; pero era necesario hacérselas casi sin tocarla, porque si no era así, decía:

—Pon cuidado en lo que haces: descompones mi cuello y desarreglas mis cofias. ¡Oh! no me gusta estar mal vestida.

En el lecho la menor manchita le disgustaba; hacia que le sacaran las sábanas de los dos lados, para que no se les hiciese alguna arruga.

—Ten cuidado de no desarreglar mi cama ó de manchar mi cobertor; porque no me gusta la ropa sucia.

Este era el primer encargo que hacia á los que se acercaban á su cama.

Un día que la esperaban en el locutorio, para hacerla ir más aprisa se le puso sobre sus vestidos ordinarios un traje que no la cubría enteramente; pues eso bastó para que rehusase aparecer allí: sin embargo, con una orden mia fué al instante.

La primera vez que vino el médico á verla, en lugar de responder á sus preguntas me miraba atentamente, procurando leer en mi rostro si convendría fiarse de aquel desconocido: por fin, la prudente niña me hizo seña que me acercase, y me dijo al oido:

—¿Qué, este hombre reza?

—Sí, hija mia, está bautizado y reza como cristiano.

Inmediatamente, dirigiéndose hácia el doctor le habla con amabilidad, le explica sus males, traba amistad con él, y en lo sucesivo le vió siempre con gusto.

Si le presentaban alguna cosa que no le agradaba, respondia tranquilamente:

—No, querida niña; no, querida niña.

Y su modo de rehusarlo tenia tanta gracia, que la hacia amar mas.

Luego que estuvo capaz de seguir en algun modo los ejercicios de la comunidad, iba al refectorio y á todas nuestras reuniones, sin turbar en lo mas insignificante la tranquilidad de la vida religiosa.

Aconteció que una hermana hiciese un acto de mortificacion en su presencia; imaginándose al principio, que era un castigo de mi parte, la sensible niña tuvo mucha lástima y comenzó á llorar: entonces se le dijo que la hermana hacia esa penitencia

voluntariamente por amor de Jesus. Al instante corrió á arrojarse en sus brazos, y enjugando sus lágrimas la colmó de caricias. En esta niña se veia verdaderamente algo de extraordinario.

—Es una predestinada, me decia el padre Olivieri, os la recomiendo mucho; en todos los monasterios por donde pasé me instaban para que se la dejase, pero mi respuesta era invariable: esta niña es para el monasterio de la Visitacion de Pignerol.

III.

EL BAPTISMO DE LAS DOS NIÑAS NEGRAS.

El deseo del santo bautismo en nuestras niñas negras iba siempre en aumento; por eso el obispo encontrándolas bastante instruidas, fijó la administracion solemne del sacramento para el primer domingo despues de pascua del año de 1854. Su señoría me recomendó les hiciese comprender la significacion de los diversos ritos que componen esta augusta ceremonia: sobre este punto, gracias á su inteligencia, no dejaron nada que desear. Es cosa imposible